

Interrelación de los aspectos científico y valorativo en el análisis filosófico de la cultura

ZAIRA RODRIGUEZ UGIDOS*

El concepto de la cultura es hoy objeto de análisis de múltiples ciencias particulares y de la filosofía. La investigación filosófica debe, sin lugar a dudas, tomar en cuenta los aportes de las investigaciones científico-particulares sobre la cultura sin reducirse a ellas y sin pretender buscar la universalidad filosófica del concepto de cultura en la simple generalización de los datos aportados por las teorías culturoológicas contemporáneas como la antropología, la etnografía, la culturología etnográfica, la sociología de la cultura y otras. La importancia actual del análisis filosófico de la categoría de cultura responde, por lo tanto, a imperativos de orden gnoseológico y metodológico encaminados a profundizar en la esencia del fenómeno cultural en general como componente inseparable de la vida social, y como determinación fundamental de la actividad creadora del hombre.

Ahora bien, la elaboración de una teoría filosófica de la cultura responde no sólo a los requisitos de la lógica interna del desarrollo del conocimiento científico, sino también y en no menor grado, a exigencias de carácter práctico e ideológico. Los alcances y logros de la actividad creadora humana. Son hoy más que nunca expo-

* Filósofa, Sub-directora del Centro de Estudios Filosóficos de la Academia de Ciencias de Cuba.

Estando en prensa este número de la revista hemos tenido noticia del trágico fallecimiento de esta distinguida profesora.

Enviamos nuestra condolencia al Instituto de Filosofía de la Universidad de la Habana.

nentes del progreso social de la humanidad. Nuestra época se caracteriza por un creciente proceso de internacionalización de la vida social y de la cultura que tiene sus raíces en la producción industrial, en los avances técnicos, en el desarrollo de los medios de comunicación, en la división internacional del trabajo, en el establecimiento de nexos cada vez más estrechos en la economía mundial, en los logros inicitados de la ciencia contemporánea y de la educación a nivel internacional. Todo ello es una muestra indiscutible del proceso progresivo de integración cultural por el que atraviesa la humanidad, lo que determina la necesidad de abordar el problema de la cultura como expresión universal, del progreso social.

Sin embargo, nuestra época se caracteriza no sólo por el avance de las tendencias progresivas y democráticas de la cultura universal, sino también, por la presencia de fuerzas oscuras y nefastas, destructivas y reaccionarias que ponen en peligro los logros culturales de la humanidad. Se trata de una época de profundas contradicciones y antagonismo, de diferencias sustanciales de orden socio-cultural entre los pueblos, donde el desarrollo de unos contrasta con la miseria, el atraso, la dependencia de otros y donde el esplendor económico de algunos pueblos es la condición del subdesarrollo socio-cultural de otros. Hoy en día no nos amenaza sólo el peligro de una destrucción de las culturas locales o regionales sino de toda la cultura universal dado los medios técnicos militares contemporáneos; pero a la vez, estamos expuestos a la destrucción irracional de los recursos naturales, a la intervención imperialista en los asuntos internos de los pueblos, a la penetración cultural... Todo ello explica que en la conciencia social contemporánea aparezca la necesidad de la reflexión teórica y de la toma de posición ante las interrogantes e inquietudes que suscita el tema de la cultura.

El examen filosófico del problema de la cultura responde, por lo tanto, a motivaciones teórico-cognoscitivas y práctico-ideológicas, y en consecuencia, debe aspirar no solamente a una investigación rigurosamente científica del concepto de cultura, sino a ofrecer a través de ella una valoración crítica y un compromiso ideológico. Ahora bien el enfoque filosófico valorativo del fenómeno de la cultura no se debe comprender como un aspecto externo que se añade desde fuera al aspecto científico-teórico. Todo lo contrario, el enfoque científico riguroso del concepto de cultura lleva implícito internamente el requisito de una valoración crítica y de una

toma de partido. Se trata de una valoración que se desprende internamente del conocimiento filosófico objetivo de la noción de cultura.

La causa de la pretendida oposición entre el enfoque valorativo y el enfoque científico del fenómeno de la cultura responde al divorcio entre el enfoque teórico y, en última instancia, a un desconocimiento de la verdadera esencia de la cultura humana.

El concepto filosófico de cultura abarca todo lo sujeto a la elaboración y a la actividad creadora del hombre. El mundo cultural es el mundo del hombre mismo, un mundo que es el resultado de la actividad histórico-social donde el hombre actúa como principio activo, creador y consciente. Ahora bien, al plantearse de modo más concreto el nexo de la cultura con la actividad social multifacética de los hombres es preciso tener presente que la cultura no se reduce exclusivamente a los resultados de la actividad material y espiritual del hombre. La cultura incluye como momento esencial la propia actividad creadora así como el conjunto de medios, capacidades y mecanismos a través de los cuales se realiza la actividad humana.

Por lo tanto, al hablar de cultura no nos referimos exclusivamente a los objetos materiales y espirituales creados por el hombre, ni a las normas, valores e ideales materializados en el lenguaje, en los libros, en la acción humana, en las obras de arte, etc. Los objetos y medios de la actividad humana pueden ser considerados fenómenos culturales sólo en la medida que se vinculan con el hombre. Esto significa que la cultura actúa realmente como característica del hombre y como medida de su desarrollo profesional, moral y espiritual.

Al vincular el concepto de cultura con el hombre, a su vez, lo relacionamos íntimamente con el desarrollo. Por eso podemos caracterizar la cultura de forma más general como desarrollo humano y como medida del autodesarrollo del hombre. El mundo cultural como conjunto de objetos creados en la actividad social, tomados en sí mismo, fuera de su nexo con el hombre no puede cumplir la función de cultura y sólo sirve de indicador ésta. La cultura como cualidad del mundo de los objetos sociales, creados por el hombre existe objetivamente, pero sólo para aquel que sea capaz de asimilarla. De este modo el mundo cultural constituye un índice de nivel de desarrollo social y sirve de base para la vida

y actividad de las nuevas generaciones, precisamente en la medida en que ellos, al descodificar su contenido, lo transforman en medios activos de la formación de su cultura y de su propio desarrollo. Por eso dominar la cultura implica dominar su lenguaje.

De esta forma la cultura constituye un aspecto cualitativo de la sociedad y de los fenómenos sociales, aquel aspecto que mide su nivel de perfeccionamiento y desarrollo. Buscar la especificidad de la cultura en relación con los cambios sociales, sólo que permite definirla como estado cualitativo de la sociedad en cada etapa de su desarrollo. El estado cualitativo de la sociedad se expresa concretamente en el nivel alcanzado por la sociedad en el desarrollo de sus fuerzas productivas, de sus relaciones sociales, de la producción material y espiritual, de la ciencia, el arte, la educación, etc. Es por eso que al relacionar la cultura con la naturaleza se capta el nivel de desarrollo y progreso de la sociedad humana, esto es, el grado de humanización de la naturaleza y del propio hombre.

El intento de comprender la historia humana como proceso único de carácter progresivo en el que suceden diferentes etapas sociales trajo como consecuencia la necesidad de valorar, comparar y clarificar las diversas formas históricas de la sociedad, clasificándolas según su nivel y grado de desarrollo. Y precisamente el fundamento que permite llevar a cabo esta valoración es el concepto de cultura, que expresa la medida del desarrollo histórico y de las potencialidades esenciales del hombre.

Así comprendido, el concepto de cultura se vincula con el de progreso social. Si el progreso social expresa el movimiento ascendente de la sociedad que se plasma en los modos de la actividad humana, en las formas de las relaciones sociales, en el lenguaje, en los estados y la conciencia social, etc., ello indica que podemos juzgar el progreso social a partir de los tipos de cultura. En este sentido la cultura actúa como un criterio importante del desarrollo social. Asimismo, el progreso social se caracteriza de modo esencial por el desarrollo y la formación progresiva de la libertad, por eso, la cultura expresa el nivel de libertad de la sociedad y de la personalidad humana. En este sentido, F. Engels, señalaba que la historia de la humanidad demuestra que cada paso en el camino de la cultura es un paso hacia la libertad.

Ahora bien el enfoque histórico científico de la cultura no se

reduce a la simple constatación y descripción de las diferencias culturales de una época histórica en relación con otra. El simple establecimiento de las particularidades culturales de una u otra época histórica no garantiza su análisis científico y no va más allá de un historicismo superficial. Por otra parte, la absolutización de las diferencias culturales de épocas aisladas da al traste con el enfoque histórico de la cultura y genera en fin de cuentas un relativismo histórico y un pluralismo cultural. Esto explica que el análisis científico de la cultura no excluye sino que, por el contrario, presupone la valoración y la comparación de las culturas de épocas diferentes como más o menos desarrolladas, como culturales de mayor o menor nivel, y esto es posible en virtud de que el enfoque histórico científico a la vez que subraya las particularidades del desarrollo de la cultura en épocas históricas diferentes, muestra la unidad de todo el proceso cultural.

Por esta razón el enfoque histórico auténtico lleva implícita la necesidad de un enfoque teórico integral del proceso histórico cultural. De este modo el enfoque histórico científico de la cultura contrasta con el simple evolucionismo que se reduce a ver en el pasado un proceso histórico opuesto al presente, pero que desconoce que el presente también debe ser objeto de un análisis histórico. Comprender históricamente el presente significa brindar la clave de la comprensión del pasado y del futuro, entender el presente en relación con el pasado y con el futuro y, por ende, vincular cada momento del desarrollo con el proceso integral.

Esta concepción de la historia de la cultura o de la cultura como niveles del desarrollo y del perfeccionamiento de la sociedad es propia del análisis histórico-concreto-marxista. El enfoque histórico concreto marxista de la cultura conjuga el aspecto científico y el valorativo como dos elementos indisolublemente ligados entre sí, y permite superar, por un lado, las concepciones objetivistas acríticas del análisis positivista de la cultura y por otro, la simple valoración normalizante de la cultura. Así, el historicismo concreto al tomar en cuenta las particularidades del desarrollo cultural exige exponer la unidad de este desarrollo lo que, a su vez, permite transformar las etapas pretendidamente aisladas del proceso cultural en eslabones históricos del proceso universal.

Al analizar la cultura como categoría histórico científica el marxismo ofrece la posibilidad de entender la unidad de lo general y lo particular en su desarrollo. Y el criterio objetivo que sirve de fun-

damento para enjuiciar y medir el nivel o grado de avance cultural de las épocas histórico-concretas no es otro que el desarrollo del hombre como sujeto social de la actividad y como sujeto histórico. Como sujeto social de la actividad el hombre modifica no solamente el mundo circundante sino que se transforma a sí mismo, en virtud de que las relaciones del hombre con la naturaleza, incluyen de modo inmediato sus relaciones con otros hombres. Es por eso que las relaciones del hombre con la naturaleza representan relaciones sociales. Las relaciones sociales, por lo tanto, constituyen un criterio determinante del desarrollo del hombre y, por lo tanto, de la cultura. En este sentido, las relaciones sociales conforman "la sustancia" de la cultura en tanto se conciben como relaciones humanas y no como relaciones entre las cosas. Y ello es lo que permite precisamente un análisis histórico y valorativo de la cultura. Desde este punto de vista, entonces, la cultura no es simplemente la producción de cosas como cosas útiles, ni tampoco la producción de la conciencia en sus formas abstractas, la producción del propio hombre como ser social.

El marxismo estudia la naturaleza y dinámica de los procesos culturales en relación orgánica con las regularidades del desarrollo social en su conjunto y en determinado contexto histórico concreto. Al plantearse el problema del desarrollo y de la herencia cultural es necesario, por ende, tomar en cuenta los aspectos ideológicos de la cultura. En el nexo de las culturas con determinada comunidad histórica imprime un sello particular al fenómeno cultural, el vínculo de éste con determinada clase, grupo o capa social condiciona su contenido ideológico. Esto explica que en el universo cultural contemporáneo tenga lugar un enfrentamiento entre las tendencias progresivas y democráticas y las tendencias retrógradas y reaccionarias, entre los valores culturales permanentes y los valores transitorios decadentes.

Pero el desarrollo cultural tiende a la integración de la cultura, a la eliminación de toda forma de cultura enajenada y de toda forma de utilización de la cultura con fines de dominación. La cultura es el resultado de la actividad de toda la humanidad y en su desarrollo, intervienen todos los hombres. Es por eso que todo hombre es digno de elevarse a los niveles más altos de la cultura universal. El avance de la humanidad está por ello indisolublemente ligado, a la eliminación de todas las formas de alienación castración cultural, a la transformación de la cultura en un auténtico elemento de liberación plena del hombre.